
SER Social

DESIGUALDADE, MUNDIALIZAÇÃO
E POLÍTICAS SOCIAIS CONTEMPORÂNEAS

Brasília, v. 22, n. 47, julho a dezembro de 2020

El final del paradigma desarrollista. La evidencia de los límites medioambientales

The end of the developmental paradigm.

Evidence of environmental limits

O fim do paradigma desenvolvimentista.

A evidência dos limites ambientais

Dr. Josep Burgaya¹

Resumen: Nuestra sociedad y nuestra economía se han sustentado durante la época industrial sobre el mito que la tecnología nos permitiría dominar la naturaleza. El desarrollismo, el crecimiento económico continuo, ha sido la filosofía que ha movilizadado izquierdas y derechas desde la revolución industrial. Las externalidades de nuestras actividades

1 Historiador, Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB), Profesor Titular de la Facultad de Empresa y Comunicación de la Universidad de Vic-Universidad Central de Cataluña. E-mail: josep.burgaya@uvic.cat. Caso queiram colocar em português: Historiador, Doutor em História Contemporânea pela Universidade Autônoma de Barcelona (UAB, Espanha), Professor Titular da Faculdade de Empresa e Comunicação da Universidade de Vic – Universidade Central da Catalunha (Espanha).

económicas, medioambientales y de otros tipos, no se han empezado a contabilizar hasta hace relativamente poco tiempo. Para el funcionamiento del sistema, para no caer en la sobreproducción, se ha estimulado el consumo a niveles irracionales, convirtiendo el despilfarro en la cultura y en el hábito dominante. Existe relación directa entre la cultura consumista en la que estamos inmersos desde hace décadas, con el calentamiento global y el agotamiento de los recursos percederos. Para ir hacia una “economía en estado estacionario” habrá que mudar la predominancia de la cultura del consumo compulsivo infinito. Para entrar en una economía de estado estacionario que no resulte frustrante, es imprescindible reducir la desigualdad. No se puede defender el crecimiento económico sobre la base del carácter ilimitado de las necesidades, porque una cosa son las necesidades y otra muy distinta los deseos. Habría que mudar hacia una “sencillez voluntaria”. Se impone un replanteamiento radical del papel de las fuerzas productivas-destructivas.

Palavras clave: medioambiente; calentamiento global; externalidades; crecimiento económico; sostenibilidad; economía circular.

Abstract: Our society and our economy have been sustained during the industrial age on the myth that technology allowed us to dominate nature. Developmentalism, the continuous economic growth, has been the philosophy that has mobilized the left and the right since the industrial revolution. The externalities of our economic, environmental and other kind of activities have not been accounted for until relatively recently. For the functioning of the system, in order not to fall into overproduction, consumption has been stimulated at irrational levels, turning waste into culture and into the dominant habit. There is a direct relationship between the consumer culture in which we have been immersed for decades, with global warming and the depletion of perishable resources. To go towards a “steady state economy” it will be necessary to change the predominance of the culture of infinite compulsive consumption. To enter a non-frustrating steady state economy, it is essential imperative to reduce inequality. Economic growth cannot be defended on the basis of the unlimited nature of needs, because needs are one thing and desires are quite another. It would be necessary to move towards “voluntary simplicity”. A radical rethinking of the role of the productive-destructive forces is necessary.

Keywords: environment; global warming; externalities; economic growth; sustainability; circular economy.

Resumo: Nossa sociedade e nossa economia foram sustentadas durante a era industrial com o mito de que a tecnologia nos permitiu dominar a natureza. No desenvolvimentismo, o crescimento econômico contínuo tem sido a filosofia que mobilizou a esquerda e a direita desde a revolução

industrial. As externalidades de nossas atividades econômicas, meio ambientais e outras não foram contabilizadas até relativamente pouco tempo. Para o funcionamento do sistema, para não cair na superprodução, o consumo foi estimulado em níveis irracionais, transformando o alarde em cultura e no hábito dominante.

Existe uma relação direta entre a cultura do consumista na qual estamos imersos há décadas, com o aquecimento global e o esgotamento de recursos perecíveis. Para avançar em direção a uma “economia de estado estacionário”, será necessário mudar a predominância da cultura do consumo compulsivo infinito. Para entrar em uma economia de Estado estacionário não frustrante, é imperativo reduzir a desigualdade. O crescimento econômico não pode ser defendido se baseando na natureza ilimitada das necessidades, pois as necessidades são uma coisa e os desejos outra. Seria necessário avançar em direção à “simplicidade voluntária”. É necessário repensar radicalmente o papel das forças produtivas-destrutivas.

Palavras-chave: meio ambiente; aquecimento global; externalidades; crescimento econômico; sustentabilidade; economia circular.

Introdução

Al estudiar cualquier movimiento progresivo, que no es por su propia naturaleza ilimitado, el espíritu no queda satisfecho con solo investigar las leyes que rigen ese movimiento; no puede menos de formularse otra pregunta: ¿Con qué objeto? (John Stuart Mill)

Ha costado mucho llegar hasta aquí, han sido necesarias muchas evidencias, para que el tema de los límites medioambientales del planeta se asumiera como un dato objetivo y no como un mito, como una invención “ideológica” de ecologistas y otros agoreros de la izquierda. La superioridad incuestionable de la condición humana no nos hacía plantar la posibilidad de interactuar y convivir armónicamente con la naturaleza, sino de subyugarla y dominarla como si sus posibilidades y su capacidad de regeneración fuera infinita. Hemos construido en una sociedad que se desarrolla sobre una cantidad ingente de residuos, incapaces ya de fagocitarlos, por nuestro inducido consumo desmedido y el deseo de poseer la versión más o menos nueva de las cosas. No es sólo un problema de actitud y de cultura personal, el despilfarro y la generación de residuos es la base sobre la que se sostiene el sistema económico y social. El desarrollo tecno-

lógico, señala Zizek, nos hace más independientes de la naturaleza y, al mismo tiempo, a otro nivel, más dependientes de sus caprichos.

Para no fiarlo todo al mundo del deseo compulsivo a consumir y renovar nuestras posesiones, se creó ya hace muchas décadas el concepto técnico de obsolescencia programada, uno de los planteamientos humanos que, si se mira de manera agregada, global, es de los más estúpidos que hemos creado, algo que va a medio plazo – y no solo – contra nosotros mismos. Forzar el adelanto de la caducidad de los productos, para vender más y generar más residuos, cuesta de creer que hoy en día no sea ya una actividad notoriamente penalizada en todas las legislaciones. No sólo actúa contra el consumidor, contra el ciudadano, sino contra la sostenibilidad medioambiental y el futuro de nuestra civilización y del planeta. Lo ha definido bien Tim Jackson al calificar este concepto como “uno de los peores estragos de la sociedad del despilfarro, que mina a la vez los derechos y los intereses legítimos de las personas, en tanto que personas y ciudadanos”. Para el teórico del decrecimiento Serge Latouche, el problema radica en nuestra adicción al crecimiento. En la lógica actual, el único antídoto para el desempleo permanente es más crecimiento y más endeudamiento. Un círculo aparentemente virtuoso que deviene un círculo infernal.

Para este autor, conociendo los problemas medioambientales que genera el hiperconsumo, es inmoral mantener la obsolescencia programada. Para pasar de la economía del derroche a una economía circular, hay que imaginar una prosperidad sin crecimiento, una sociedad de “abundancia frugal”. Una economía inmensamente productiva requiere que hagamos del consumo nuestro estilo de vida. La publicidad, el crédito al consumo y la obsolescencia programada son los tres pilares de renovación de la necesidad, los “inductores del crimen”. Ulrich Beck ha hecho notar como la percepción del peligro ecológico global ha empujado a muchas personas hacia un fatalismo despolitizado que sería conveniente evitar. No hay alternativa en el fatalismo.

El concepto de economía estacionaria se planteó ya en el siglo XIX, justamente por un clásico de la economía como John Stuart

Mill, que apostaba por una escala de la economía adaptada a un stock de población y capital constantes. Esta idea, fue retomada por el economista norteamericano Herman Daly, el cual plantea una economía estacionaria de equilibrio dinámico, con una población y un stock de capital capaz de ajustarse a los límites de disponibilidad de recursos y de sostenibilidad del planeta. Se trata, como plantea Neus Casajoana que “el camino hacia el progreso en una economía estacionaria no es llegar a ser más grande, sino llegar a ser mejor”. No se trata de estancamiento, sino de evolución. Hay que mudar de una economía actual donde si no se crece se quiebra, a una economía diseñada para mantenerse estable sin crecimiento, lo que no significa que no haya sectores que puedan crecer en la medida que incorporen innovación tecnológica. No se trata de empobrecerse, sino de mejorar la eficacia y la eficiencia al servicio del bien común.

Cuando en 1970 el Club de Roma publicó su informe sobre los límites del crecimiento, el Informe Meadows, en el que apostaba por evolucionar hacia el “crecimiento 0”, el estudio se entendió como una “boutade”, como que los ecologistas se hubieran colado en este selecto club de la clase dominante o como algo a plantearse muy a futuro, tiempo en el cual el optimismo típicamente liberal-capitalista inducía a pensar que la tecnología ya encontraría soluciones a los problemas que solo de verdad podían serlo mucho tiempo después. Las Naciones Unidas, en todo caso se tomaron el tema un poco más en serio y el Plan de las Naciones Unidas Para el Medio Ambiente (PNUMA) aunque con poca capacidad para la toma de decisiones ejecutivas, ha hecho un trabajo importante, en la toma de conciencia sobre los límites de los recursos disponibles y los problemas medioambientales graves y de largo recorrido.

El Informe Brundtland de 1987, señaló los problemas principales a los que nos abocaba una economía incrementista y preocupada por el entorno, e introdujo el concepto ahora quizás excesivamente manido de la sostenibilidad, entendida en términos medioambientales, económicos y sociales, así como la necesaria asunción del concepto de economía verde, donde lo económico y lo ecológico no entraran en contradicción. Se trataba, de una vez, de considerar todas las externalidades del proceso productivo y de la actividad humana,

incorporándolas al sistema de cálculo de costes, adquiriendo un compromiso consistente en legar un mundo habitable a las generaciones futuras. Ciertamente los avances no han sido después ni lo rápidos ni lo precisos que hubiera sido deseable, y el tiempo que nos queda para evitar situaciones irreversibles es ya escaso y casi nulo.

Las conferencias internacionales sobre cambio climático, el protocolo de Kyoto sobre la disminución de gases de efecto invernadero, han sido relativamente frustrantes, con posturas excesivamente diletantes y con incumplimientos notorios. Cierto que no se ganan elecciones con medidas drásticas para combatir el cambio climático, pero no es menos cierto que o el tema se aborda de manera global o no tiene ninguna salida razonable y ordenada. Los límites medioambientales son para todos o no son para ninguno. Es difícil moralmente ser exigente con países pobres y emergentes, cuando la mayor parte del problema lo hemos creado con nuestro desarrollismo con los países ricos. El principal incumplidor de los acuerdos, quién sabotea reiteradamente la toma de decisiones al respecto hasta ahora no es el Tercer Mundo, sino los Estados Unidos. Duplicar el PIB mundial en una década o duplicar cada cuatro años el consumo de energía, es imposible de mantener ininterrumpidamente en el tiempo.

Tim Jackson ha hecho notar que el cambio climático peligroso está a pocas décadas de distancia y, mientras tanto, estamos despilfarrando el poco tiempo disponible en una discusión que en lenguaje castizo se formularía “entre si son galgos o son podencos”. En una estimación realista de población de 9.000 millones de habitantes en el año 2050, para alcanzar el conjunto de países los niveles de desarrollo y consumo de los países de la OCDE que se estima puede ser de 63.000 dólares anuales per cápita, se necesitaría un PIB 15 veces mayor que el actual y que multiplicase por 75 el de 1950. De hecho, hoy la producción ya es 68 veces la del año 1800. Estamos hablando de un mundo imposible hasta para la imaginación y el optimismo más audaz. El problema de fondo, estructural si se quiere, es que la economía capitalista actual depende para mantener su equilibrio del crecimiento, pero una economía en crecimiento constante es algo que cualquier ecólogo puede afirmar que no es siquiera posible de planteárselo. No es plausible de mantener el mito del crecimiento

continuo, hemos llegado al final del paradigma desarrollista de base industrial, se quiera reconocer, o no.

Aunque negado hasta hace poco por muchos dirigentes políticos conservadores – caso de Mariano Rajoy en España – apoyándose en un cierto relativismo científico al que se recurre cuando conviene, el fenómeno del calentamiento global y el cambio climático que genera ha empezado a mostrar evidencias en forma de catástrofes climáticas y en la aceleración de procesos de desertización. Los gases de efecto invernadero provenientes en su mayor parte del abuso de una energía basada en los combustibles fósiles, además de hacer auténticamente invivibles muchas zonas urbanas y empeorar notablemente la calidad de vida y aumentar las enfermedades, provocan una alteración atmosférica que está cuestionando de manera muy seria nuestro devenir. Los combustibles fósiles, más allá de que tienen unos límites de reservas bastante definidos y que conceptualmente se basan en la sinrazón de consumir capital y no renta, generan una contaminación insostenible, además de un aumento de precios que los hacen inviables en la medida que se vayan generalizando los estándares occidentales de consumo de energía hacia los emergentes y hacia el Tercer Mundo.

Con el modelo de consumo energético occidental, no hay energía para todos a unos costes razonables. Aunque se haya progresado mucho tecnológicamente en el campo de las energías renovables, el mix energético vigente continúa siendo aun básicamente basado en el carbón, el petróleo y el gas natural. La energía nuclear no tiene los inconvenientes de los combustibles fósiles, pero resulta evidente que la falta de control tecnológico de todo el ciclo nuclear, la hace peligrosa y socialmente muy vulnerable su aceptación, como demostró el accidente japonés de Fukushima. El Protocolo de Kyoto fijó una reducción de emisiones del 5% para 2010, cuando en realidad han aumentado un 40% en este período. Para evitar el aumento medio de dos grados centígrados en 2050 por efecto del cambio climático, se tendría que reducir las emisiones mundiales en un 80% en relación a 1990. Este es el panorama, estas son las dificultades y el camino andado no es que sea escaso, sino exactamente en sentido contrario.

Algunos datos. El estadounidense medio consume 3.800 calorías al día, lo que significa que si los más de 7.000 millones de personas que pueblan el planeta consumieran al mismo ritmo, haría falta un planeta cinco veces mayor del que disponemos. De hecho, como hace notar Jeremy Rifkin, los seres humanos ricos y pobres hoy ya consumimos recursos equivalentes a un planeta y medio. Dicho de otro modo, hace falta un año y medio para regenerar lo que consumimos en un año, estamos consumiendo nuestro futuro. Así mismo, el aumento de la huella ecológica en los últimos cincuenta años no tiene parangón, ni posibilidad de sostenerse en el tiempo. Cada persona, por término medio, deja una huella ecológica equivalente a 2,7 hectáreas, lo que nos lleva a un global de impacto de 19.000 millones de hectáreas en un planeta que sólo tiene una biocapacidad de 13.000 millones de hectáreas. O lo que es lo mismo, superar una media de 1,8 hectáreas por persona nos lleva directamente al desastre ecológico.

Estos son datos medios, pero también aquí la desigualdad adquiere tintes brutales. Los 1.000 millones de personas con mayor nivel de renta, dejan una huella ecológica equivalente a 3 hectáreas por persona, mientras que los 1.300 millones de personas que tienen una renta por debajo de los mil dólares, solo consumen 1 hectárea de biocapacidad por persona. Las proyecciones actuales del crecimiento, nos llevan a un impacto sobre la biocapacidad en 2050 del 200%. El crecimiento de los países emergentes puede resultar letal. Como indica Latouche, China consume hoy el doble de carbón que hace diez años, con los efectos atmosféricos que se derivan de ello. Con la tasa de crecimiento de China en 2011, un 10%, el producto interior bruto mundial se doblaría en siete años y se multiplicaría por 736 en un siglo. ¿Es posible mayor despropósito?

A finales de siglo XXI, la temperatura media global podría llegar a crecer hasta 5 grados si no se le pone remedio, con lo que el deshielo de los polos y la subida del nivel del mar más de 50 centímetros nos aboca a catástrofes inmensas y poco predecibles. Lógicamente, el cambio climático aumentaría la pobreza, disminuiría la producción agrícola, así como la disponibilidad y acceso al agua potable. En cuatro décadas, muchos de los recursos minerales se habrán agotado (cobre, estaño, plata, zinc, mercurio y otros minerales estra-

tégicos). Como insostenible es el mantenimiento del fenómeno turístico en sus niveles actuales. Si en 1950 salieron de su país 25 millones de personas practicando el turismo, en la actualidad son ya unos 800 millones anuales.

Como plantea Ramón Folch, “las pretendidas verdades fundacionales de la civilización industrial clásica se han revelado equivocadas”. Se consideró que la matriz biofísica era ajena a los procesos económicos, creyendo que sus componentes esenciales (agua, suelo, clima...) eran “bienes libres irrelevantes”. La consecución de un nuevo equilibrio de sostenibilidad global, requiere la instauración de un nuevo modelo de desarrollo económico, social y ambiental. La biosfera ha dicho basta, y la reacción es aun notoriamente insuficiente, como lo demuestra la modestia y el incumplimiento del Protocolo de Kioto. La sostenibilidad va poniendo en jaque el modelo socioeconómico y ambiental imperante, basado en el exceso, la desigualdad, el despilfarro y la imprevisión.

Los límites del crecimiento y el efecto de haber llevado al límite la sobreexplotación y el despilfarro ya se dejan sentir y pueden tornarse dramáticos en un futuro bastante próximo. El crecimiento demográfico acelera la llegada a los límites y presiona y lo hará más aun sobre los recursos indispensables. En pocos años, previsiblemente en 2050, llegaremos a los 9.000 millones de habitantes en el planeta, la gran mayoría malviviendo en grandes conurbaciones poco preparadas y adecuadas. De hecho, la estimación promedio es de 9.200 millones, mientras que la más pesimista escala hasta los 11.100 millones para el 2050. Para que toda esta población viva según la media actual de la Unión Europea, la economía mundial debería multiplicar por seis su PIB. Las Naciones Unidas estiman que en el 2100 llegaremos a los 10.100 millones de habitantes en el planeta, mientras África más que triplicará su población para acercarse a los 3.600 millones. La presión sobre los alimentos, sobre el agua, sobre la energía y todo tipo de recursos puede volverse insostenible, especialmente si el aumento de 2 o 3 grados en la temperatura media del planeta, tal y como apuntan las previsiones, convertirá en inhabitables amplias zonas por el calor, la imposibilidad de la agricultura y la falta de agua.

En esta situación evitar la presión de los grandes movimientos migratorios va a resultar prácticamente imposible. Este escenario más bien catastrófico, no es el que plantean los ambientalistas, los agoreros o los partidarios el decrecimiento económico. Justamente lo acaba de plantear un estudio de prospectiva encargado por la Nasa, el cual llega a la conclusión que la combinación de cambio climático y crecimiento de la desigualdad resulta un cóctel explosivo que augura tiempos muy difíciles y conflictivos. Lógicamente, estamos aún a tiempo de evitarlo, al menos en su versión más dura, pero no disponemos de los mecanismos de toma de decisiones para afrontarla, ni un sistema de gobernanza global que lo haga posible. La perspectiva de un posible autoritarismo de signo ambientalista que asegure la toma de decisiones adecuadas para salvaguardar el planeta y la vida en la tierra, no es un escenario que resulte muy estimulante. La transición de una “economía marrón” con una gran huella de carbono y de gran impacto ambiental, hacia una “economía verde” o “azul” que sea sustentable, es posible gracias al conocimiento del que disponemos, así como la tecnología disponible, manteniendo un buen nivel de bienestar. Aunque pueda parecer una conclusión asaz simplista, ¿cómo y quién le pone el cascabel al gato?

Como ha planteado de manera concluyente Serge Latouche, “pensar que lograremos establecer una compatibilidad entre el sistema industrial productivista y los equilibrios naturales apoyándonos solo en las innovaciones tecnológicas o recurriendo a sencillos correctivos en las inversiones, sin esfuerzo, sin dolor y, por añadidura, enriqueciéndonos es un mito”. Como señala este teórico del decrecimiento, pronto no habrá ya elección y tendremos que reducir nuestra huella de carbono y organizar el racionamiento en la extracción de los recursos no renovables. Contrariamente a lo que es común pensar al respecto, no se trata de un retorno a la Edad Media. Como afirma el mismo autor, “en esas opciones de frugalidad y de autolimitación no hay masoquismo ni espíritu de sacrificio, sino la voluntad de preservar un mínimo de autonomía”. Un dato elocuente sobre el papel del despilfarro que nos hace notar Martín Caparrós, el 90 por ciento de nuestras calorías vienen de 15 especies vegetales; dos tercios son producidas por tres plantas:

el arroz, el maíz y el trigo. Para la inmensa mayoría de la población mundial el concepto de gastronomía o simplemente de preferencias alimentaria es pura entelequia. Comer bien significa sencillamente poder comer suficiente.

Hay una relación directa entre la cultura consumista en la que nos encontramos inmersos desde hace décadas, con el calentamiento global y el agotamiento de los recursos perecederos. Para ir hacia una “economía en estado estacionario” como la que planteaba ya hace más de dos décadas el economista ecológico norteamericano Herman Daly, habrá que mudar la predominancia de la cultura del consumo compulsivo infinito. Aumentar los niveles de igualdad es una cuestión clave para poder replantear el consumo, ya que “la competencia por el estatus es uno de los grandes impulsos hacia el consumo”, como afirman Wilkinson y Pikett. Que la desigualdad incrementa la presión competitiva para consumir no es una pura especulación, sino que es un tema contrastado en datos y estudios muy serios. Se produce una correlación positiva entre inversión en publicidad y niveles de desigualdad. En Estados Unidos, se gasta en proporción al PIB el doble en publicidad que en Noruega o en Dinamarca, al igual que hay una correlación positiva entre la desigualdad y el alargamiento de la jornada laboral.

Las diferencias económicas y de estatus resultan el motor más poderoso para el mantenimiento y expansión de una cultura consumista ya insostenible. No estamos hablando de empeorar el bienestar o de disminuir la satisfacción humana, sino de evitar un gap que estimula a la vez hacia el despilfarro y hacia la insatisfacción. Hay estudios que demuestran que la mayoría de las personas quisieran aumentar sus ingresos no para mejorar su bienestar material, sino su estatus, y que estarían dispuestos a ganar menos, si la mayoría aún ganara menos y pudiera mejorar su situación en el escalafón social. La desigualdad acaba por reforzar lo peor de nosotros mismos.

Del crecimiento económico, al bienestar compartido. Adiós a la vida loca

Pueden quienes creen que pueden (Virgilio)

Aunque en épocas recesivas y queriendo ganar elecciones los gobernantes apelan a los indicios que podrían impulsar a creer en que se recupera la senda del crecimiento económico, este término dista mucho de significar algo preciso, y aún menos darle las connotaciones positivas que nos habíamos puesto de acuerdo en atribuirle antaño. Cuando se habla genéricamente de crecimiento, se entiende el aumento del Producto Interior Bruto, que cada vez tiene menos que ver con el bienestar deseable y aún menos con el posible. En España, Mariano Rajoy y sus ministros de Economía o de Hacienda nos repiten al día de hoy y hasta la saciedad, que estamos en plena recuperación de la economía, que los indicadores son positivos e incluso flirtean con la idea de ser ya una especie de locomotora de Europa. En fin, poco que decir al respecto, más allá de que las tendencias un día u otro dejan de empeorar, probablemente porque ya no pueden ir a peor. Desempleo de niveles galácticos, pobreza creciente, desigualdad económica, precariedad laboral, disminución de subsidios y prestaciones sociales, desahucios de familias, caída de los salarios, deflación por contracción de la demanda... La realidad es esta, aunque el PIB aumente algunas décimas y las cifras del paro se rebajen levemente por efectos de contratos laborales basura, inferiores a una semana de duración. Los beneficios empresariales sí que se recuperan en las grandes corporaciones, así como los salarios de los grandes directivos. Todo va bien es un eslogan, pero no una descripción de la realidad para el 99% de la sociedad española. En España y en todo el mundo, el crecimiento del PIB y la mejora de la economía no tienen mucho que ver, por poco que poseamos una noción de la economía que tenga que ver con el bienestar del mayor número de ciudadanos posible. Ya lo escribió Gramsci en su juventud, “el progreso no consiste en otra cosa que en la participación de un número cada vez mayor de individuos en un bien”.

Quizás recuperar la senda del crecimiento, al menos en el sentido clásico, no sea lo esperable, ni tan siquiera algo deseable. El paradigma de intentar paliar la producción insuficiente que es lo que movilizó las energías industrializadoras en los siglos XIX y XX, ya feneció. Vivimos anclados en un modelo antiguo y superado, como ha hecho notar de manera brillante John Ralston Saul, basado en el comercio y en una producción que paliara la insuficiencia a escala planetaria. Producimos mucho más de lo necesario, y especialmente mucho más de lo que consumimos, pues una parte de la producción acaba destruyéndose y va a parar al cementerio del olvido, y otra parte no satisface necesidad alguna más que el placer que algunos parecen experimentar con el despilfarro. El desenfreno productor y consumidor no es sostenible según el modelo vigente hasta nuestros días y a buen seguro que aún menos generalizable como se reclama desde los países emergentes. Los límites en los recursos básicos disponibles son bastante evidentes, como lo es la capacidad y flexibilidad del planeta a soportar según qué clase de actividades con efectos nocivos.

El PIB es un falso indicador de progreso, una ficción de mejora. Una capacidad de producción estable o en unos ciertos niveles de disminución, aparte de medioambientalmente recomendable, no tiene por qué significar el empeoramiento de nuestra calidad de vida, sino probablemente bien gestionado, significaría justamente lo contrario. Con la fijación en el crecimiento, pasa un poco como con la fijación que tenemos en que la recuperación económica pasa por la recuperación del crédito. El hecho evidente de una economía y un consumo basados en el crédito, la recuperación de su flujo nos parece inevitable. Esto nos impide justamente de ver, de ser conscientes, que uno de nuestros principales problemas económicos, sociales y culturales que tenemos que afrontar y resolver es nuestra adicción al crédito, la cual nos ha hecho perder repetidamente una noción más proporcionada de la realidad.

Un sistema de producción que ha resuelto el problema de la escasez tendría que afrontar otros retos, como plantea Ralston Saul. Quizás el principal, junto con el de la redistribución, el abordar los costes reales de la producción, abandonando la estrechez de miras de

las externalidades medioambientales. Como señala este autor, “un enfoque inclusivo de la economía que incluyera todos los costes de producción sociales y medioambientales”, se impone como deseable y necesario. La teoría económica vigente habría quedado notablemente desfasada en consideraciones propias de otro siglo. El problema ya no es de producción, es de redistribución y los mecanismos actuales basados exclusivamente en el mercado, hacen evolucionar la realidad justamente en sentido contrario. Las prioridades dadas al comercio, a las finanzas o el producir de cualquier forma como indicadores de riqueza ya no sirven. Se requieren otros parámetros, que sean sostenibles y socialmente inclusivos. Nuestra idea del crecimiento está notablemente desfasada, justamente porque ha funcionado. Si el aumento de la producción ha funcionado, lo importante es centrarse en una distribución más equitativa que no convierta la capacidad productiva actual en un sinsentido. Aumentar el consumo de unos y dejar sin consumo a otros no deja de ser en términos de racionalidad, una estupidez.

Habrá que replantearse la distribución internacional de la producción que ha generado la globalización, o al menos el mundo occidental tendrá que reflexionar sobre si es posible una actividad económica equilibrada y que genere empleo sin industria. El modelo de terciarización y desindustrialización desarrollado en las últimas décadas es insostenible y ha significado un fracaso notorio. No se asegura el equilibrio y el bienestar en una hipotética especialización en el sector servicios y en las actividades que generan más valor añadido, porque las actividades más cualificadas se acaban también desplazando, siguiendo la estela de la industria y porqué también acaban por entrar en la lógica de los bajos costes salariales, y la especialización financiera acaba por ser una ficción peligrosa que lleva a resultados letales. Europa no se debería resignar a la función de parque temático para turistas de los países emergentes, y una apuesta industrial, o reindustrializadora, como en la que en su momento estableció Alemania como estrategia de desarrollo futuro tiene mucho más sentido.

De hecho, en muchas propuestas políticas en el mundo occidental ya aparece el término de recuperación de la industria, pero sería necesario aclarar que no se hará en los términos de precarización

y bajos salarios del mundo oriental, un viaje de vuelta a un pasado remoto que no resultaría un gran progreso y que poco iba a aportar al bienestar de nuestra sociedad. Las exigencias de estándares sociales y medioambientales para los productos presentes en los mercados se tornan imprescindibles. Evitando el dumping social hacemos un favor a los trabajadores de los países pobres y emergentes, pero sobre todo nos hacemos un favor a nosotros mismos. No nos debería horrorizar tanto la posibilidad de recuperar algunas cláusulas proteccionistas, con la finalidad de recuperar unos ciertos equilibrios perdidos y, sobre todo, el concepto de trabajo digno. Al fin y al cabo, aunque el liberalismo imperante lo haya desterrado y demonizado, el proteccionismo si se utiliza temporal y sabiamente, siempre ha sido un instrumento para superar desequilibrios bastante adecuado.

Más allá de algunos aspectos favorables que sin duda ha tenido el globalismo, la forma parcial, descontrolada, pero a la vez restrictiva, en que se ha llevado a cabo, ha generado algunos dispendios económicos y ecológicos indudables. Que el consumo de fruta pierda su carácter de temporada, para abastecer las mesas occidentales con uva o cerezas traídas en avión de Sudamérica, escapa a todo razonamiento lógico, a toda noción de proporcionalidad y a buen seguro contra toda lógica económica y medioambiental. Un ejemplo de la cultura del despilfarro llevada al extremo. La fabricación de componentes para los automóviles en decenas de países remotos diferentes que se necesitan para montar nuestro utilitario, escapa a todo uso de razón. La globalización extrema de producción y mercados se puede sostener desde un punto de vista meramente contable de la economía, pero no se sostiene si se internalizan en los costes todos los factores. En una economía verde, en una concepción circular de la economía, habrá que restaurar el factor proximidad como un elemento clave en la producción y el consumo. Tienen que recuperar centralidad los marcos locales, regionales y nacionales, en nombre de la calidad de lo que consumimos y de la sensatez.

En nombre del exotismo, de la cultura consumidora del deseo irracional y del antojo, no podemos mantener un sistema social y económico que, como mínimo, se podría cualificar de absurdo. Quizás lo global y lo local podrían encontrar formas de interacción

un poco más lógicas, creativas y razonables. Pasar de la cultura del despilfarro y de la malversación al de la contención y la moderación, puede resultar un esfuerzo difícil, pero habría que intentarlo. Pasar de valorar la apariencia a disfrutar de la autenticidad recuperada, no significa perder nada, sino ganar calidad de vida. Como ha definido de manera elocuente el colectivo Carro de Combate, consumir es un acto político, por las elecciones y efectos que, queramos o no conlleva. Y lo que es paradójico, es que los que menos consumen resultan ser los que respiran nuestras basuras.

La cohesión y la inclusión sociales debieran tener prelación por encima de las cuentas de resultados concretos de algunas empresas o corporaciones. Lo particular y privado debe gozar de toda legitimidad en la medida que de manera agregada no ponga en peligro el mantenimiento de valores colectivos que deberían ser básicos. Este es el terreno de la política y este es el marco donde debe operar de manera revitalizada nuestro alicaído sistema democrático. Al fin y al cabo, por una cuestión civilizatoria, pero también para evitar el caos conflictivo al que nos conduce el actual anarquismo capitalista, deberíamos ir a un nuevo reparto, recuperar algunos equilibrios imprescindibles. Un nuevo reparto del tiempo de trabajo y de ocio, donde el segundo aspecto va a disponer de mucho más tiempo adicional, algo de lo que tendríamos que alegrarnos, por el paso adelante que pudiera suponer. Pero esto solo será posible, solo tendrá características positivas, en la medida que a través de la fiscalidad y de la revalorización de los salarios entremos en un nuevo escenario de distribución de la renta. Desarrollar una buena ecuación entre trabajo y ocio es fundamental, pero sin una redistribución adecuada de la renta que invierta la tendencia actual, el tiempo de ocio va a resultar de no-trabajo y de frustración. Creer que los dilemas planteados se resolverán de manera espontánea, sin tomar caminos ni decisiones ningunas, es un poco como la vieja creencia de que Dios siempre está de nuestro lado.

El capitalismo actual ha ido ligado al abandono del principio de producir para satisfacer las necesidades, por el de crear necesidades nuevas para poder producir más, vender más y así proporcionar crecientes beneficios a los inversores. Como ha escrito Marina Reig, de la ley de la oferta y la demanda se ha pasado a la ley de la

oferta, gestando mecanismos para que las personas nunca se sientan satisfechas con lo que consumen o adquieren: el marketing, la publicidad o la obsolescencia programada puestos al servicio de una vocación extrema de comercialización. No habrá cambios substanciales sin modificar los hábitos y los comportamientos en relación con el consumo, sin replantear prioridades vitales.

Para la necesaria reducción del consumo, para entrar en una economía de estado estacionario que no se entienda de manera frustrante, se hace imprescindible de reducir la desigualdad. El efecto “comparaciones envidiosas” de las que hablaba ya a finales del siglo XIX Thorstein Veblen, impide racionalizar el consumo de recursos naturales y de energía y la disminución de los gases de efecto invernadero que provocan el calentamiento global, en la medida que no cambiemos el concepto de satisfacción humana. El “materialismo grosero e individualista” del que hablan Wilkinson y Pikett, el consumismo egoísta en el que estamos instalados, solo se puede superar a través de una evolución hacia la igualdad. Los grandes proyectos colectivos que requieren un elevado grado de compromiso, solo se pueden asumir y encauzar si la sociedad tiene una cierta noción de equidad y de justicia, si se cumplen los requisitos de “la economía moral de la multitud” que conceptualizó el historiador británico E.P. Thompson en relación con los tiempos del Antiguo Régimen.

Jeremy Rifkin ha reflexionado sobre el hecho de que tiene poco sentido, en un planeta que hemos llevado más allá de sus límites, aumentar la riqueza sobrepasando el nivel de comodidad, en la medida que la riqueza por sí misma no genera satisfacción, sino más bien múltiples posibilidades de malestar y de insatisfacción por envidia o por celos. La sobrevaloración de la riqueza induce al malestar psicológico, “las personas materialistas son mucho más propensas a seguir aumentando su riqueza material, aunque se sientan infelices porque no atribuyen esta infelicidad a su sed de riqueza, sino a que no tienen riqueza suficiente”. Quizás, como plantean los teóricos del decrecimiento, la condición esencial para la sostenibilidad futura pasa por desmercantilizar todas las relaciones y ámbitos de la vida en los que la lógica del mercado ha penetrado y de manera exagerada. Tendremos que librarnos de una cultura social marcada por la

centralidad del trabajo y de la ideología del consumo continuado y perpetuo. Tendremos también de liberarnos del culto a la propiedad que tantas opciones al endeudamiento excesivo ha generado, supliéndolo por lo que Rifkin llama “el derecho al acceso”.

Como ha escrito Carlos Taibo, no se puede defender el crecimiento económico sobre la base del carácter ilimitado de las necesidades, porque una cosa son las necesidades y otra muy distinta los deseos. Los deseos son artificialmente inducidos para acentuar la dinámica crecimiento-beneficio privado, algo que parece poco razonable. Habría que mudar hacia una “sencillez voluntaria”. El decrecimiento no es la inversa aritmética del crecimiento, es un concepto distinto, se impone un replanteamiento radical del papel de las fuerzas productivas-destructivas. Tim Jackson habla de la necesaria redefinición del concepto de prosperidad, porque la existencia de un paraíso en crecimiento continuo resulta más atrevida que creer en una utopía, relacionándola con la buena vida y no con el crecimiento cuantitativo, ya no posible.

La prosperidad tiene connotaciones sociales y psicológicas, además de las económicas evidentes. Aunque somos hijos de una tradición que ha identificado prosperidad con opulencia, con abundancia, habrá que mudar hacia una visión más relacionada con la utilidad real. El aumento de bienes materiales no aumenta proporcionalmente la satisfacción obtenida, la relación no es lineal. Cantidad y satisfacción no se correlacionan. Como han demostrado algunos estudios, el crecimiento del PIB aumenta la satisfacción de manera continua hasta un nivel de renda aproximado de los 15.000 dólares anuales. A partir de ahí se produce el fenómeno llamado de “la paradoja de la satisfacción vital”, y es que el aumento de ingresos no solo no contribuye linealmente al progreso de la satisfacción, sino que en muchos casos la debilita por efectos psicológicos que tienen que ver con la competitividad y la comparación en relación a la desigualdad. En Estados Unidos, los ingresos medios se han multiplicado por 3 desde 1950, pero en las encuestas la satisfacción de la población no ha ido hacia arriba. ¿Tiene esto algún sentido?

Los estudios de Daniel Kahneman o de Richard Wilkinson y de Kate Pickett dejan bastante en evidencia que no es lo mismo el incremento de la prosperidad que del crecimiento económico. Que la prosperidad tiene muchas dimensiones inmateriales además de las materiales y que el crecimiento no garantiza, ni mucho menos, el aumento de la prosperidad. Si el foco lo ponemos en los países en su conjunto, se demuestra que, a partir de garantizar la supervivencia y un bienestar básico, las ventajas de ser una nación cada vez más rica cada vez son menores, que a partir de cierto umbral los beneficios son imperceptibles o mínimos. Tim Jackson defiende el concepto de “desvinculación”, en el sentido de disminuir la intensidad ecológica en los procesos productivos, una vía, pero, que el mismo encuentra ya insuficiente. Dicho de otro modo, ya no va a ser suficiente con hacer las cosas bien desde el punto de vista ecológico y de sostenibilidad. “La eficiencia de los recursos, las energías renovables y las reducciones del flujo material tienen un papel fundamental para asegurar la sostenibilidad de la actividad económica”, pero sin recortes profundos de las emisiones y del uso de recursos no se va a conseguir la sostenibilidad.

Es imprescindible poner en cuestión el paradigma y las estructuras actuales de las economías de mercado. No es posible elaborar una tortilla sin romper previamente los huevos. La economía verde, los estímulos para migrar de la “economía marrón” hacia la economía verde o azul a través de programas de New Deal Verde, tienen mucho interés y sentido, como lo tiene la sunción de una concepción circular de la economía, el desarrollo de una macroeconomía ecológica, el fomento de las “inversiones verdes” o el cambio de una cultura basada en la adquisición de objetos hacia unos hábitos tendentes a la adquisición de servicios. Pero hemos ido demasiado hacia allá del abismo, como para que todo esto pueda ser suficiente, implantándolo además de forma cuasi voluntaria y progresiva.

Será necesario tomar medidas mucho más drásticas, que pueden tensionar de manera importante los sistemas políticos democráticos y, sin duda, tener que superar las actuales verdades económicas establecidas sobre la primacía absoluta del mercado. Que haya primado absolutamente el espíritu de beneficio, el materialismo desaforado y

el espíritu de lucro, no tiene que impedir de ver las grandes posibilidades a desarrollar por la economía social. Los individuos somos depositarios, además de la competitividad y de la codicia, de valores solidarios y altruistas. Como ha escrito el ministro griego Yannis Varoufakis, “los que confunden el concepto de bien con el de mercancía no pueden entender que la oferta de sangre se reduzca cuando a los donantes se les ofrece remuneración”.

Referencias

- ACEMOGLU, Daron; ROBINSON, James A. (2012). **Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza**. Barcelona: Deusto.
- AGUIRRE, Patricia (2010). **Ricos flacos y gordos pobres. La alimentación en crisis**. Barcelona: Capital Intelectual.
- AKERLOF, George; SHILLER, Robert J. (2009). **Animal Spirits. Cómo influye la psicología humana en la economía**. Barcelona: Gestión 2000.
- ANDERS, Günther (2011). **La obsolescencia del hombre**. Valencia: Pre-Textos.
- ARIELY, Dan (2008). **Las trampas del deseo: como controlar los impulsos irracionales que nos llevan al error**. Barcelona: Ariel.
- AXELROD, Robert (1996). **La evolución de la cooperación: el dilema del prisionero y la teoría de juegos**. Madrid: Alianza.
- BECK, Ulrich (2006). **¿Qué es la globalización?: falacias del globalismo, respuestas a la globalización**. Barcelona: Paidós.
- BECK, Ulrich (2007). **Un nuevo mundo feliz: la precariedad del trabajo en la era de la globalización**. Barcelona: Paidós.
- BLYTH, M. (2014). **Austeridad: Historia de una idea peligrosa**. Barcelona: Crítica, 2014.
- BOLTANSKI, L.; CHIAPELLO, E. (2002). **El nuevo espíritu del capitalismo**. Madrid: Akal.
- BURGAYA, Josep (2013). **El Estado de bienestar y sus detractores. A propósito de los orígenes y la encrucijada del modelo social europeo en tiempos de crisis**. Barcelona: Octaedro.
- BURGAYA, Josep (2015). **La economía del absurdo. Cuando comprar más barato contribuye a perder el trabajo**. Barcelona: Deusto.
- BURGAYA, Josep (2017). **Adiós a la soberanía política. Los tratados de nueva generación y lo que significan para nosotros**. Barcelona: Invisibles
- CAPARRÓS, Martín (2015). **El hambre**. Barcelona: Anagrama.

- CAPUTO, John; VATTIMO, Gianni (2010). **Después de la muerte de Dios**. Barcelona: Paidós.
- CHANG, Ha-Joon. (2015). **Economía para el 99% de la población**. Barcelona: Debate.
- DELEUZE, G.; GUATTARI, F. (1985). **El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia**. Barcelona: Paidós.
- EHRENBERG, Alain (2000). **Depresión y sociedad**. Buenos Aires: Nueva Visión.
- FERGUSON, Niall (2013). **La gran degeneración. Cómo decaen las instituciones y mueren las economías**. Barcelona: Debate.
- FOLCH, Ramon (2011). **La quimera del crecimiento. La sostenibilidad en la era postindustrial**. Barcelona: RBA.
- GIDDENS, Anthony (2003). **Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestras vidas**. Madrid: Taurus.
- GIDDENS, Anthony (2010). **La política del cambio climático**. Madrid: Alianza.
- GIGERENZER, G. (2008). **Las decisiones instintivas: la inteligencia del inconsciente**. Barcelona: Ariel.
- GRAY, John (2003). **Perros de paja: reflexiones sobre los humanos y otros animales**. Barcelona: Paidós.
- GRAY, John (2013). **El silencio de los animales. Sobre el progreso y otros mitos modernos**. Madrid: SextoPiso.
- HAN, Byung-Chul (2012). **La sociedad del cansancio**. Barcelona: Herder.
- HARICH, Wolfgang (1978). **¿Comunismo sin crecimiento?: Babeuf y el Club de Roma**. Barcelona: Materiales.
- HOOGENDYK, Willem (2014). **El gran cambio de rumbo. Someter al dinero y al productivismo. Construir un futuro sostenible y social**. Barcelona: Icaria.
- INGLEHART, Ronald F. (1991). **El cambio cultural en las sociedades Industriales avanzadas**. Madrid: Siglo XXI.
- INGLEHART, Ronald F. (2001). **Modernización y postmodernización**. Madrid: CIS.
- INICIATIVES PEL DECREIXEMENT (2014). **Hacia un nuevo modelo económico social, sostenible y estacionario**. Barcelona: El Viejo Topo.
- JACKSON, Tim (2011). **Prosperidad sin crecimiento. Economía para un planeta finito**. Barcelona: Icaria.
- JUDT, Tony (2011). **Algo va mal**. Madrid: Taurus.
- KEYNES, John Maynard (2009). **Ensayos de persuasión**. Madrid: Síntesis.

- LATOUCHE, Serge (2009). **Pequeño tratado de decrecimiento sereno**. Barcelona: Icaria.
- LATOUCHE, Serge (2014). **Hecho para tirar. La irracionalidad de la obsolescencia programada**. Barcelona: Octaedro.
- LIPOVETSKY, Gilles (2007). **La felicidad paradójica: ensayo sobre la sociedad del hiperconsumo**. Barcelona: Anagrama.
- LOVELOCK, J. (1993). **Las edades de Gaia**. Barcelona: Tusquets.
- LÖWY, Michael (2012). **Ecosocialismo: la alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista**. Madrid: Biblioteca Nueva.
- MAALOUF, Amin (2009). **El desajuste del mundo: Cuando nuestras civilizaciones se agotan**. Madrid: Alianza.
- MAZZUCATO, Mariana (2014). **El Estado emprendedor. Mitos del sector público frente al privado**. Barcelona: RBA.
- MICHÉA, Jean-Claude (2002). **La escuela de la ignorancia y sus condiciones modernas**. Madrid: Acuarela.
- MOÏSI, Dominique (2009). **La geopolítica de las emociones. Cómo las culturas del miedo, la humillación y la esperanza están reconfigurando el mundo**. Madrid: Norma.
- PIKETTY, Thomas (2014). **El capital en el siglo XXI**. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- POLANYI, Karl (2014). **Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia**. Madrid: Capitan Swing Libros.
- PUTNAM, Robert D. (2002). **Solo en la bolera: colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana**. Barcelona: Círculo de Lectores.
- RALSTON SAUL, John (2012). **El colapso de la globalización y la reinención del mundo**. Barcelona: RBA.
- RAMONET, Ignacio (2010). **La catástrofe perfecta: crisis del siglo y refundación del presente**. Madrid: Público.
- RIECHMANN, Jorge (2015). **Autoconstrucción. La transformación cultural que necesitamos**. Madrid: Catarata.
- RIFKIN, Jeremy (2011). **La Tercera Revolución Industrial. Como el poder lateral está transformando la energía, la economía y el mundo**. Barcelona: Paidós.
- RIFKIN, Jeremy (2014). **La sociedad del coste marginal cero. El Internet de las cosas, el procomún colaborativo y el eclipse del capitalismo**. Barcelona: Paidós.
- RIST, Gilbert (2002). **El desarrollo. Historia de una creencia occidental**. Madrid: Los Libros de la Catarata.

- RODRIK, Dani (2012). **La paradoja de la globalización. Democracia y el futuro de la economía mundial**. Barcelona: Antoni Bosch.
- SACHS, Jeffrey (2013). **El precio de la civilización**. Barcelona: Círculo de Lectores.
- SANDEL, Michael (2013). **Lo que el dinero no puede comprar: los límites morales del mercado**. Barcelona: Debate.
- SEN, Amartya; DRÈZE, Jean (2014). **Una gloria incierta**. Madrid: Taurus.
- SENNETT, R. (2003). **El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad**. Barcelona: Anagrama.
- SHILLER, Robert J. **La exuberancia irracional**. Madrid: Turner, 2003.
- SKIDELSKY, R.; SKIDELSKY, E. (2012). **¿Cuánto es suficiente?** Barcelona: Crítica.
- SMITH, Adam (2004). **La teoría de los Sentimientos Morales**. Madrid: Alianza.
- STERN, Nicholas (2007). **El informe Stern: la verdad sobre el cambio climático**. Barcelona: Paidós.
- STIGLITZ, Joseph E. (2012). **El precio de la desigualdad. El 1% de la población tiene lo que el 99% necesita**. Madrid: Taurus.
- STUART MILL, John (2008). **Principios de economía política**. Madrid: Síntesis.
- SUNSTEIN, Carl (2006). **Riesgo y razón: seguridad, ley y medioambiente**. Madrid: Katz.
- TAIBBI, Matt. *Cleptopía* (2011). **Fabricantes de burbujas y vampiros financieros de la era de la estafa**. Madrid: Lengua de Trapo.
- TAIBO, Carlos (2014). **¿Por qué el decrecimiento? Un ensayo sobre la antesala del colapso**. Barcelona: Los Libros del Lince.
- TALEB, Nassim (2008). **El cisne negro. El impacto de lo altamente improbable**. Barcelona: Paidós.
- VAROUFAKIS, Yanis (2015). **Economía sin corbata. Conversaciones con mi hija**. Barcelona: Destino.
- VEBLEN, Theodore (1987). **Teoría de la clase ociosa**. Barcelona: Orbis.
- VILLADIEGO, Laura; CASTRO, Nazaret (2014). **Carro de combate. Consumir es un acto político**. Madrid: Clave Intelectual.
- VIVAS, Esther (2014). **El negocio de la comida. ¿Quién controla nuestra alimentación?** Barcelona: Icaria.
- WELZER, Harald (2011). **Guerras climáticas: por qué mataremos (y nos matarán) en el siglo XXI**. Madrid: Katz.
- WILKINSON, Richard (2001). **Las desigualdades perjudican: Jerarquías, salud y evolución humana**. Barcelona: Crítica.

WILKINSON, Richard; PICKETT, Kate (2009). **Desigualdad**: una historia de la (in) felicidad colectiva. Madrid: Turner.

ZIEGLER, Jean (2012). **Destrucción masiva**: Geopolítica del hambre. Barcelona: Península.

ZIZEK, Slavoj (2012). **¡Bienvenidos a tiempos interesantes!** Navarra: Txalaparta.